

El Bilbao folletinesco de Gustavo de Maeztu

Miguel Sánchez Ostiz

Escritor

Resulta cuando menos muy difícil entender la obra de Gustavo de Maeztu sin Bilbao. Bilbao no solamente aparece como motivo de alguno de sus cuadros más intensos, sino que fue el escenario de sus andanzas juveniles, alrededor de la rotonda del café Arriaga, donde se fundó la revista El Coitao, y más tarde de sus empeños intelectuales, como la creación de la Asociación de Artistas Vascos, y escenario temprano de una de sus novelas folletinescas y estrepitosas, El imperio del Gato Azul (donde aparece con el nombre de Hesperia), y de algunos lances de Las Andanzas y episodios del Sr. Doro, es una ciudad desdibujada por la invención literaria y por eso mismo extremadamente reconocible. Es el Bilbao de la primera década de este siglo con todas sus contradicciones sociales y políticas, el de la ciudad comercial e industrial, en la que surgen artistas y personalidades fuertes: los hermanos Arrue, Tomás Meabe, Estanislao M^a de Aguirre, Mogrovejo, Guezala... Una ciudad execrada y amada a partes iguales, como todas las ciudades que el artista interioriza, y a la vez imprescindible, ineludible, motivo recurrente de sus pasos perdidos y de sus mejores invenciones.

Gustavo de Maezturen foiletoietako Bilbo hura

Oso zaila da Gustavo de Maezturen lana Bilbo alde batera utzita ulertzea. Bilbo bere kuadrorik bizienetako batzuetako gaia ezezik, gaztetako kontu asko gertatutako lekua ere izan zen; Arriaga kafetxearen inguruan, esate baterako. Hantxe sortu zuen *El Coitao* aldizkaria eta, geroago, ekimen intelektual asko egin zituen. Hantxe sortu zuen *Euskal Artisten Elkarte*a eta bere foiletoi iskanbilatu baten eszenatoki goiztiarra ere izan zen hura; hain zuzen, *El Imperio del Gato Azul* elaberrian Hesperia izenez agertzen digu Bilbo. *Las Andanzas y episodios del Sr. Doro* nobelako zenbait pasartetan ere agertzen da. Horrela bada, literatur sormenak desitxuratutako hiria da eta horrexegatik suertatzen da hain ezagutarra. Mende honetako lehen hamarkadako Bilbo hura dugu, gizarte eta politika mailako kontraesan bezala, eta merkataritza eta industrian oinarritutako Bilbo hartan artista eta nortasun handiko pertsona asko sortu ziren: Arrue anaiak, Tomás Meabe, Estanislao M. de Aguirre, Mogrovejo eta Guezala, besteak beste. Hiri gaitzetsia bezain maitatua, artistak barnertzen dituen hiri guztien antzera, eta, era berean, derrigorrezkoa, saihestezinezkoa, bere asmakizunik onenen eta urrats galduen motibo errepikaria.

The Bilbao of the *Feuilletons* of Gustavo de Maeztu

It would, to say the least, be difficult to understand the work of Gustavo de Maeztu without Bilbao. Not only does Bilbao appear as the motif of some of his most intense works, but it was also the scenario of his youthful activities, around the rotunda of the Arriaga café where the journal El Coitao was founded, and of his later intellectual efforts, such as the creation of the Association of Basque Artists, and the early scenario of one of his *feuilletonnesque* and uproarious novels. In the Empire of the Blue Cat (where it appears under the name of Hesperia), and of some of the events of *Las Andanzas* and episodes of *Sr. Doro*, it is a city blurred by literary invention and for this very reason extremely recognisable. This is the Bilbao of the first decade of the XX century with all of its social and political contradictions, the city of commerce and industry, in which artists and strong personalities emerge: the Arrue brothers, Tomás Meabe, Estanislao M^a de Aguirre, Mogrovejo, Guezala... a city abhorred and loved in equal measure, like all cities that are interiorised by an artist, and at the same time one that is indispensable, unavoidable, the recurrent motif of his lost steps and of his best inventions.

Gustavo de Maeztu nació en Vitoria en 1887, pero enseguida fue a parar a Bilbao, donde su madre, Juana Whitney, abrió una academia de idiomas para señoritas. Y Bilbao se convirtió en el escenario natural de aquel trotamundos que fue Gustavo de Maeztu aquí aprendió los rudimentos de su arte de la mano de los pintores Lecuona y Losada; allí dio la nota todo lo que quiso, participó en proyectos de envergadura, como la Asociación de Artistas Vascos, participó en diferentes actos públicos, escribió artículos, tuvo muchos amigos... Participó en el homenaje que le dieron a Pío Baroja en Artxanda, el que acabó como el rosario de la aurora, con una polémica virulenta de don Pío con Azkue. La ciudad es inseparable de Maeztu, a pesar de todas sus andanzas. Maeztu se iba para volver. Incluso cuando se instaló en Estella, ciudad donde moriría en 1947, todavía realizaría algunos viajes a Bilbao.

Maeztu viajó mucho. A finales de los años diez se fue a Londres donde coincidió con otro bilbaíno, con Alejandro de la Sota, uno de los artífices de *Hermes*, o al menos en su compañía lo vio el cronista, en el Café Royal, copa va copa viene, brindis va brindis viene, por el arte, por la amistad, por la ciudad que encendía sus fuegos a lo lejos. De él hablaría en sus *Divagaciones de un transeúnte* (1920) echándole en falta en una de las andadas tremebundas de humo y ajenjos de Santiago Rusiñol en Bilbao.

En Bilbao fue donde le vio Ramón Gómez de la Serna, haciendo de inglés, extravagante, noctámbulo irredento, excéntrico para siempre.

Dice Ramón:

Ese aspecto de inglés de Gustavo se me reveló nítidamente una noche a las cuatro de la mañana, en un gran salón del «Sitio».

Habíamos hablado durante toda la noche. Habíamos descansado el pecho sobre la baranda del puente central, mirando las lucecitas con que los anguleros pescan las angulas; pero las piernas estaban cansadas, y decidimos sentarnos cómodamente en los admirables sillones del «Sitio», esos sillones en su punto de madurez y maceración de los clubs ricos. El «Sitio» estaba ya solo. Sólo en una habitación lejana sabíamos que se jugaba.

A saber de dónde venían o a dónde iban. Estuvieron, eso sí, acodados en el puente sobre la ría, como lo había estado Rocambole, uno de sus grandes héroes folletinescos, sobre la barandilla del puente de Londres.

En Bilbao fue donde lo vio, unos años más tarde, César González Ruano. En base a testimonios grotescos como el de Ruano es como se fue tejiendo la leyenda bohemia de un pintor que rebosaba vitalidad y pintaba como un forzado. Lo vio subiendo las escaleras de su casa maullando como gato, a bodega llena, dijo, Contó también como su madre lo duchaba, le daba un vaso de leche y cómo entonces Gustavo se ponía a pintar. La broma le costó a Ruano un desafío a duelo con el hijo de Ramiro por decir que en la cama de su

padre, don Ramiro, había chinchos. Tampoco le tembló el pulso a Ruano cuando se rió de él a sus espaldas diciendo que había salido un día de casa, se había encontrado con unos amigos que le invitaron a txakolí y se le hizo tarde para ser el primer pintor de España. Maeztu ya había muerto.

Maeztu, para variar, aborreció la ciudad, o mejor, y como es costumbre en este complicado negocio de las relaciones del artista, escritor, pintor, tanto da, con la ciudad en la que vive, también la amó mucho. La pintó en alguno de sus cuadros memorables y la describió al vitriolo o de manera zumbona y chocarrera en varios textos suyos. Y más que la ciudad a algunos de sus habitantes, conciudadanos con los que por una causa u otra, tropezó. Esta, la del Gustavo de Maeztu escritor, es con seguridad su faceta menos conocida.

Y es que Gustavo de Maeztu fue un folletinista nato, amaba el folletín, amaba el mundo de la acción disparatada, el de la acción por la acción, la marginalidad, la aventura. Todo muy nieztscheano, parece, pero no sé yo, no sé sino era todo un pelín disparatado. Maeztu llevaba en la sangre el gusto por la aventura, por el exceso, por los gestos heroicos y por la rebelión. Luego, con los años, se calmó mucho, se calmó del todo. Bilbao le inspiró unos textos sencillamente incendiarios, como puede comprobar el curioso lector que se acerque a sus folletines.

El Bilbao que llevó a los papeles es el Bilbao de la primera década de este siglo, anterior a la guerra mundial, una ciudad en pleno auge económico, bulliciosa de industria y comercio, pero agitada por conflictos sociales y políticos que el tiempo no haría sino agudizar. En aquel Bilbao, si atendemos a la prensa de la época, las trifulcas entre integristas y nacionalistas, entre socialistas y bizkaitarras (de los que al igual que Baroja se burla con crudeza Maeztu), eran cosa de todos los días. Así al menos aparecen, a garrotazo limpio, en la portada de una de las empresas periodísticas de don Gustavo, la estrepitosa revista *El Coitao* (ocho números).

Fue por entonces cuando dio con ese otro raro auténtico de las letras que es Estanislao María de Aguirre. La unión no podía ser más explosiva. Aguirre, cuya vida es una novela que termina mal, publicó, además de una monografía reeditada por El Tilo, un libro de versos, *El pájaro de Cuenca* (1934), fue un polemista nato, se embroncó muy seriamente con los Sota, tuvo una pluma un tanto venal, y según Indalencio Prieto se fumó los mejores puros de Bilbao. Pero trajo a la ciudad los primeros Gauguin. Al final fue Lequerica quien le salvó de una condena a muerte. Todo un drama que ha sido explorado por Kosme de Barañano que es quien ha escrito con más autoridad de este personaje excesivo y quien prologa la monografía sobre Gustavo.

Y es que en 1908, después de un viaje a París, y en un unión de un grupo de artistas que vivían, y bebían, entonces en Bilbao fundaron, en la rotonda del café Arriaga, una revista curiosa, *El Coitao*, animada por una rebeldía

genuina contra el medio, que ha sido rescatada por Javier González de Durana y por Angel Ortiz Alfau en las ediciones de El Tilo. Allí escribieron Unamuno y Basterra y Gutiérrez-Abascal (Juan de la Encina) y José y Alberto Arrúe, Tellaeché, Meabe.... La revista acabó de mala manera porque se dedicaron, entre otras cosas, a tocarle las narices al honrado comercio de la plaza, que se decía antes, y al clero. Y al honrado comercio de la plaza no se le puede tocar las narices, como bien sabían “los de la ribera de Deusto”. El propósito de sacudir el ambiente y sacar a la ciudad de su modorra cultural, en expresión muy de Gustavo, dio poco menos que en nada.

Pero Maeztu no se amilanó y fiel a su ímpetu de agitador, y en compañía de otro personaje que es inseparable de esta ciudad, Tomás Meabe, que estaba exiliado y vivía refugiado en una casa cerca de San Juan del Pie del Puerto, en la Navarra de Ultrapuertos, escribe un par de novelas folletinescas: *Andanzas y episodios del Sr. Doro* (1910) y *El misterio del gato azul* (1911), que hoy pueden leerse reeditadas por el Museo Maeztu de Estella.

Son dos novelas que además de su intención folletinesca guardan un cierto parecido a causa de la marginalidad de su protagonista (en quien Barañano ha visto a un trasunto de Estanislao María de Aguirre, cosa que al margen de ser o no cierta, no hace sino acrecentar la leyenda).

En la primera, relato de la vida y milagros de un prototipo de delincuente filósofo y de rebelde anacrónico, Teodorico Pérez de Boscán (Sr. Doro para los amigos y para la policía), Bilbao, uno de los hitos de su azarosa vida, aparece con su verdadero nombre y perfectamente identificable: calles, muelles, edificios, ambientes más o menos espesos de la ciudad vieja...

El Bilbao de Maeztu en el señor Doro es más explícito que en *El imperio del gato azul* porque eso sucede cuando se explicita una ciudad. El paisaje es reconocible aunque tenga el sabor de las viejas fotografías y sea por tanto al día de hoy prácticamente invisible, literatura, y en ocasiones pura invención literaria:

Siguieron á lo largo de la Rivera, atravesaron la calle del Arenal, la Estufa, y entraron en el campo de Volantín. El angulero se mostraba oficioso enseñándole los cafés, los Bancos, los tinglados llenos de mercancías, pero el Sr. Doro sin prestarle atención miraba hacia el río rojo donde los barcos amarrados enseñaban sus tripas pintorescas, verdes, rojas, negras y amarillas.

Y siguiendo por la margen derecha llegan al Ayuntamiento

-En este edifisio -interrumpió el angulero- se hace la política.

-¿Y qué tal la hacen?

-No sé; disen que no se puede robar.

Doblaron el palacio del pueblo y siguieron por una senda estrecha formada al borde del terraplén. Poco á poco, á medida que

ascendían, iba quedando la población abajo; una gasa de humo se cernía como un manto sobre la ciudad industrial; el río culebreaba en medio con su color rojizo, y más allá de la otra banda, donde no había casas, ascendían suavemente las laderas ondulantes de una montaña fosca y sombría que llamaban Pagasarri.

El episodio del txakolín de Pagasarri no tiene desperdicio, más que nada por los agrios comentarios que le suscitan los jóvenes bizkaitarras que, en una mesa contigua a la que meriendan los protagonistas del episodio, berreaban canciones en euskera aproximativo. Algunas tristezas tienen raíces viejas. Como he dicho antes esa Bilbao es una ciudad populosa. El Sr. Doro, famoso, y su angulero chirene que sabe que el dinero no huele, frecuentan un teatro, el Romea, abigarrado de humo, y lleno de la clase, dice, de trabajadores, mineros y prostitutas de bajo precio, luz de gas (calles Cortes y San Francisco), los cafetines de los márgenes de la ría de los que salen las voces y la música de acordeón... pinta con una viveza extraordinaria la Ribera del desierto, los Altos Hornos con sus fuegos, la bahía de Axpe... escenarios en los que se mueven cómodos sus contrabandistas, sus personajes marginales. Las escenas son oscuras y en ellas brillan las luces amarillentas de las muy literarias linternas sordas de los héroes del folletín y de los más dionisiacos faroles de los anguleros. Estamos hablando de 1910.

Un Bilbao que al día de hoy puede resultar tópico, demasiado literario... Lástima que no lo haya sido más.

En la segunda novela, Bilbao aparece con un nombre de resonancias míticas, Hesperia. ¿El motivo? Resulta siempre difícil enmascarar una ciudad. Si el propósito es el de que nadie se de por aludido, es una gansada, porque lo pongas o lo dejes de poner, los que cogen velas en estos entierros ciudadanos, con o sin motivo, los que salen o dejan de salir acaban identificando la ciudad, con muy rudos juramentos en ocasiones.

Asunto más profundo es que esas ciudades imaginarias fundadas por escritores, como la Hesperia de Maeztu u otras que los lectores conocen bien, hacen referencia, pienso, a países y ciudades invisibles para la mayoría o invisibles para todos menos para su autores, ciudades muy interiorizadas, muy subjetivizadas, en las que las vivencias del autor han quedado enhebradas de tal manera que resultan inseparables, y no puede comprenderse a este sin aquellas.

Ciudades reales, ciudades imaginarias, ciudades invisibles o escondidas, poco importa, porque al final lo que de verdad importa, al menos en este caso, son las emociones puestas en juego por el autor, sus historias, la expresión de las ideas incendiarias que le mantenían en vilo y le había echado a los papeles.

Ahora, eso sí, la ciudad es fácilmente identificable, hasta para nosotros que somos ajenos a su vivir diario y a sus tradiciones que no sean literarias, tal vez

por las capas sucesivas de lugares comunes o no tanto que han caído sobre ella. Maeztu se encarga de decir que su clima es de llovizna y nieblas, la gran vía de don Diego López de Haro es de don Diego Giménez, hay un monte del árbol viejo, los jardines donde aparece el gato azul, el monstruo, que tiene atemorizada a la población y junto a los que está construyendo unas casas palaciegas no tienen, digamos, pérdida...

Pero en su primera página se muestra muy explícito al respecto. Antes incluso de poner en escena a sus personajes de intenso colorido, a sus cuadrilleros de la ronda nocturna que enarbolan la temible adarga de sus deseos, pone el escenario y dice:

Era la ciudad de Hesperia una de las más importantes del solar hispano. Los orígenes de esta urbe eran tan remotos, tan puros y sin mezcla que en latitud histórica era difícil encontrar las huellas de los esforzados aborígenes que en épocas oscuras trabajaron en la edificación de la que, con el tiempo, vino a ser ciudad industrial, ciudad mecánica, ciudad de chimeneas y de humos.

En esta ciudad frontera al mar, latían, como en las poblaciones de Castilla, las tres virtudes cardinales de la raza: la barbarie, la violencia y el odio al extranjero.

El practicar las tres virtudes no les dejaba lugar ni tiempo para mostrar las virtudes apacibles.

El sentimiento regional era agudísimo.

Para un hesperio, su ciudad y todo lo que emanaba de ella era lo más bello y lo más honrado que existía en el planeta. De ahí que en cosas de arte gustase de las ropas hechas en las fábricas de los ingleses, de los alemanes y de los yanquis. Pero el espíritu regional era agudísimo: por eso los amagos de arte nacional y hesperio sucumbían tristemente ante la indiferencia, la barbarie y el ruralismo.

¿Era así la ciudad invisible de Gustavo de Maeztu? Fuera de esos detalles que atañen más al clima moral tal y como los veía o veía y padecía Gustavo, la ciudad es ya digo difusa. Importa más la acción de aquellos cuadrilleros de la ronda nocturna que tratan de subvertir el orden social y armar la revolución (gran asunto este en Maeztu), que quieren sacudir a la ciudad, sacarla de su adormecimiento, empujarla hacia el arte y el progreso... Maeztu como buen soñador deliraba lo suyo y, además por aquellas fechas, anduvo hecho un Espartaco.

Eso sin desdeñar las opiniones contundentes y burlonas, agrias, violentas incluso, que le suscitaba la ciudad y su clima moral. El quería una ciudad viva y vivía una ciudad dedicada obsesivamente a las operaciones mercantiles, a la

industria, al clero, a los valores tradicionales... No todo en Maeztu es burla de esa ciudad. Al contrario, él esperaba una regeneración, sabía que había condiciones para que la ciudad fuera grande, fuerte, que tuviera una intensa vida intelectual y artística, pero había ya digo que sacudirla de su adormecimiento.

Sin embargo, en Hesperia, como en el resto de la península, no se desencadenaban las pasiones, porque en ese caso España hubiese ido por el camino de su renacimiento, lo que se desencadenaba a menudo en Hesperia eran romanzas de gritos y berridos que los hesperios lanzaban a todo lo nuevo, a todo lo que significaba movimiento libertador del ruralismo y de la barbarie.

Por cierto que aquí y allá en este libro se advierten rastros de la obra de Pío Baroja, o yo al menos los advierto, y en concreto de su libro *El tablado de Arlequín*, publicado en 1904, o tal vez Nietzsche. Maeztu fue un gran lector aunque entre sus pertenencias no se conserve un sólo libro. Lástima. Hubiese sido muy interesante saber cuál fue su biblioteca porque sus lecturas juveniles en Bilbao y en París fueron algo más que copiosas. Otro capítulo de la novela de Gustavo de Maeztu que queda bañado en niebla.

De forma cortante dice y eso resume bien su manera de pensar en aquellos días juveniles de Bilbao: para los hesperios, “la moral era el miedo al Código y la maña peculiar para cubrir las apariencias”.

Como digo en estas ideas es fácil advertir una serie de coincidencias con la obra de Pío Baroja.

Ahora bien, hasta el momento, que yo sepa, nadie ha podido identificar en esos abogado y empresarios abusivos y tramposos de la Hesperia de principios de siglo, del año 1909 en concreto, a nadie, y si lo han hecho se han cuidado de dar publicidad a su hallazgo. ¿Quién es sire Artur Ferrero que se hace con el banco de Hesperia y por ende con el mando de la ciudad? ¿Quién el abogado Rengiso?

Además, el tiempo se ha encargado de desvirtuar lo que aquel libro tenía de panfleto o de libelo virulento contra los protagonistas concretos de sus enconos sociales, políticos y culturales.

La primera novela termina cuando los cuadrilleros, para armar la revolución en España, roban la virgen del Pilar (y se la llevan en un coche de carretas por al carretera de Huesca que estaba sin asfaltar). En la segunda se produce de nuevo una hecatombe social y los obreros de Hesperia (Bilbao), sublevados, tiran los santos de una basílica que hay en un monte a la ría y la emprenden con ellos a remazos (textual).

La ciudad, como dijo un poeta, estaba siempre en el fondo del cuadro, en el fondo de la memoria, escenario de las ilusiones juveniles y de las heridas que tardarían en cicatrizar.

Más de treinta años después, en aquella Pamplona que era casi casi la capital de tercer orden por excelencia un Maeztu envejecido, enfermo, achicado, tripulante de una peña que se llamaba La Nave de Baco, le diría a Angel María Pascual a propósito de esa novela bilbaína: «No me hables de esas cosas, no eran más que tonterías».

Gorritxenea, mayo de 2000.